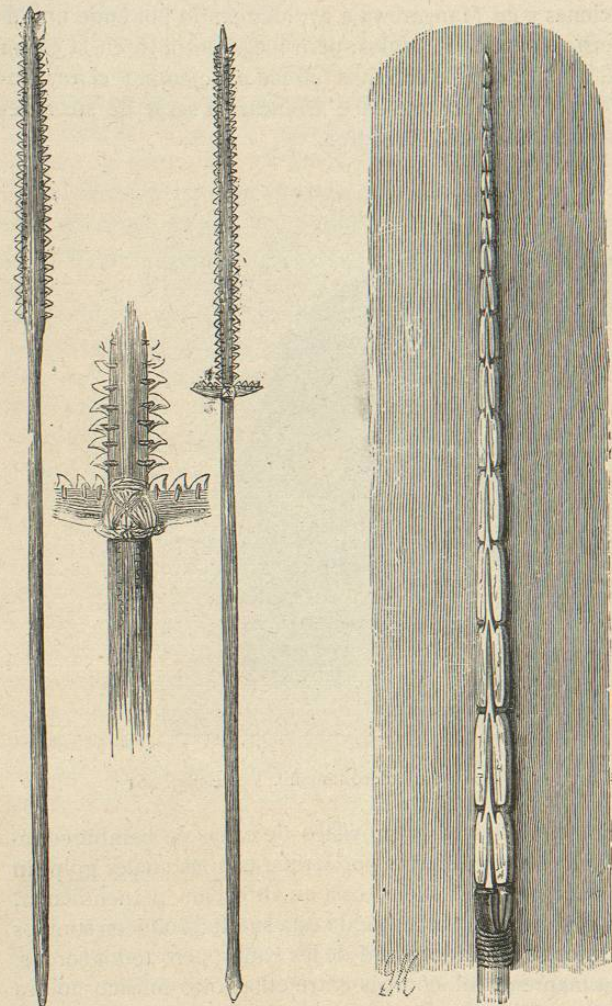


cicios en los cuales tomaban parte, en tiempo de Cook, las mismas muchachas. Como juego de armas tenían especialmente los hawayanos el de tirar la lanza, para lo cual empleaban palos de hibiscus más largos que un hombre y en cuya punta había en vez de hoja de metal un pedacito de tapa. Estos ejercicios no tenían por objeto simplemente divertirse, sino también adquirir cierta destreza; así es que se profesaba especial afición al arte de parar los golpes. Algunos viajeros antiguos ya hicieron notar que la afición á los juegos era uno de los rasgos más notables del carácter de los insulares polinesios: uno de esos juegos ofrecía



Lanza con dientes de tiburón, de las islas Gilbert (Museo Etnográfico, Munich) $\frac{1}{18}$ de su verdadero tamaño.

Una punta de lanza de huesos, de las islas Gambier (Christy Collection, Londres). Tamaño verdadero.

Véanse págs. 462 y 463

mucha semejanza con nuestras damas, con la diferencia de que el tablero era más grande, pues tenía medio metro de largo, y estaba dividido en 238 casillas, habiendo de éstas 14 en cada línea. Otro juego consistía en ocultar debajo de un pedazo de tela una piedra y en dar un golpe con un palito de modo que se diera precisamente en ella: en este juego las apuestas desempeñaban naturalmente el principal papel. Además, los polinesios se entretenían en las carreras de muchachas y niños que también eran motivo para grandes apuestas. Los juegos de los hawayanos eran, antes de la introducción del cristianismo, en su mayoría juegos de azar y su principal atractivo consistía en el lucro, razón por la cual los misioneros los prohibieron: en su consecuencia, los hawayanos produjeron durante mucho tiempo en el ánimo de los que los visitaban la impresión de pueblo excesivamente formal y casi triste. A pesar de todo, se ne-

cesitaba muy poco para hacer revivir en ellos su antigua pasión. En un juego llamado juego *lala*, arrojaban tan lejos como podían una piedra redonda denominada *maika* y apostaban en una sola tirada sus bienes, su mujer, sus hijos y los huesos de sus brazos y de sus piernas para después de su muerte. En cierto modo era también un juego de azar el nadar entre los escollos con el auxilio de una plancha ó de una percha: á este ejercicio se dedicaban los hombres y las mujeres, especialmente de Hawai, demostrando en él valor y habilidad grandes.

Los juegos de los niños son allí, como en todas partes, en primer término imitaciones de los actos de sus padres: los barcos pequeños son uno de sus principales juguetes. También danzan y juegan como los adultos con pelotas, tirando al aire varias de estas á la vez y recogéndolas ni más ni menos que los títereros. Los muchachos neozelandeses tienen una afición particular á hacer volar cometas. Tienen también otro juego que exige no poca habilidad y que consiste en arrojar al aire una pelota hecha con hojas bien atadas y en recogerla alternativamente con las dos afiladas puntas de un palo. Son además frecuentes los juegos de prestidigitación, en los cuales demuestran estos pueblos gran destreza.

CAPÍTULO III

TRAJE Y ARMAS DE LOS POLINESIOS Y MICRONESIOS

«Su traje excedía á lo que esperábamos y nos hizo considerar la figura de aquellas gentes muchísimo agradable que la de todas cuantas hasta entonces habíamos visto.»

J. FORSTER.

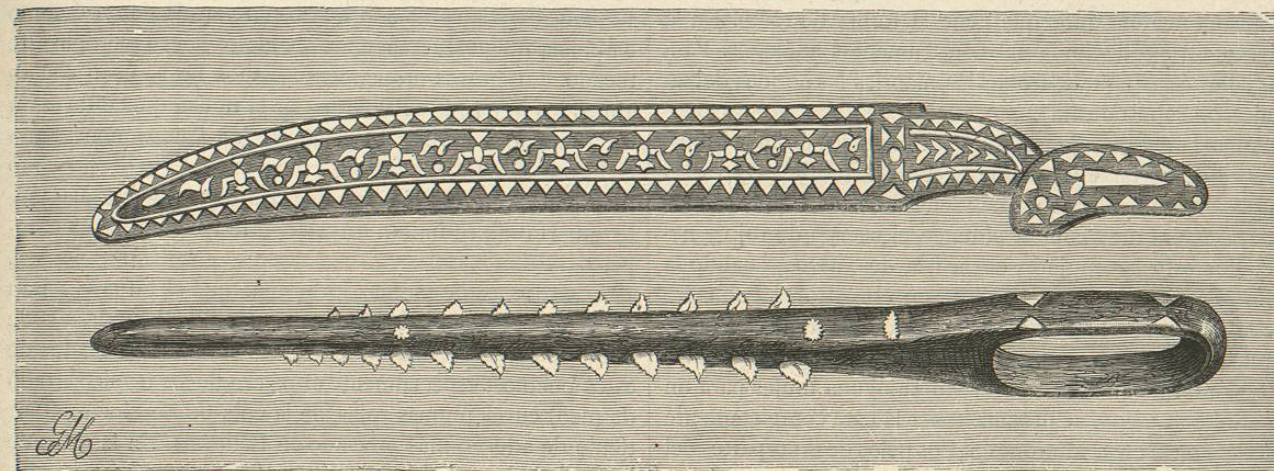
Traje y adornos. Tatuaje. Otras desfiguraciones corporales. Adorno de plumas. Objetos de adorno. Telas de corteza. Esteras de tapa. — Armas y utensilios. Falta de hierro. Preparación de la piedra. Preparación de la madera para armas. Lanzas. Mazas. Fabricación limitada de arcos y flechas. Hondas. Industria.

El grado de cultura de los polinesios se manifiesta, con claridad pocas veces vista, en su aspecto exterior, es decir en su traje, en sus adornos y en sus armas. Viviendo bajo un hermoso cielo y rodeados de agua por todas partes, los micronesios y polinesios son pueblos que se bañan mucho y son por ende limpios. Desgraciadamente destruyen los efectos de esta buena condición untándose á menudo y de una manera exagerada con aceite de coco ó escupiéndose y frotándose después del baño con el meollo de coco previamente mascado. Prefieren los baños de agua dulce á los de mar, y á unos y á otros los consideran como eficaces remedios para muchas enfermedades. Siempre que pueden, después de tomar un baño de mar, se sumergen en agua dulce para desprenderse de la sal que temen ha de empañar el brillo de su piel. Báñanse las paridas con los recién nacidos y también los moribundos aquejados de grave enfermedad.

Como en todas partes, ocupan en Polinesia un lugar preferente las desfiguraciones artificiales y los adornos del cuerpo. En Tahití, Samoa, Hawai y en las Paumotus, se ven algunos casos de deformación del cráneo, tales como el achatamiento de su parte posterior y la prolongación en punta de la región del vértice, pero en ninguna parte aparece esta costumbre tan marcada como entre los vecinos mallikolos, en donde el aplanamiento del cráneo se halla muy extendido: algunos pueblos, como los maoríes, no la tienen, según parece. El achatamiento de la nariz aparece

entre los tahitianos y los insulares de Yap; la extirpación de un testículo se practica en Polinesia y en Micronesia, al parecer con el fin de preservar de enfermedad: con mucha frecuencia se agujerea el tabique nasal para colocar en el orificio plumas ó, como vió Cook en Nueva Zelandia, flores. En los lóbulos auriculares agujereados se ponen á manera de adornos pedacitos de roca verde, dientes humanos y de tiburón, plumas y flores: en la isla de Pascua y en Micronesia los lóbulos auriculares se convierten en largos apéndices por medio de pesados clavos de madera. Los marquesanos llevan en las orejas conchas y los micronesios se agujerean muchas veces el borde superior de la oreja. El tatuaje en ninguna parte ha llegado á tener el grado de perfección y de importancia que entre esos pueblos. En Polinesia, los hombres, por regla general, se tatúan más que las mujeres (véase el grabado de la pág. 441): en algunos puntos, sin

embargo, el tatuaje es igual en ambos sexos y en Nukuor sólo se tatúan las mujeres. La costumbre de tatuarse el rostro no era en manera alguna peculiar á todos los polinesios y especialmente á los rarotonganeses y tribus vecinas, pero sí á los maoríes que estaban con ellos en íntimas relaciones. Cuenta la tradición que los maoríes no tuvieron hasta después de su inmigración la costumbre de pintarse el rostro de negro antes de ir á la guerra y que habiéndose hecho las guerras cada vez más frecuentes, Rauru introdujo la costumbre de hacer las líneas permanentes por medio del tatuaje. El ejemplo de otros pueblos demuestra que puede muy bien haber contribuido á la costumbre de tatuarse el deseo de aparecer terribles en el combate. Y aun han desaparecido, desde la introducción del sistema de lucha de los europeos, algunas especies de tatuajes propias para inspirar especial terror, conocidas con los nombres de



Espadas de madera de Rupak, islas Palaos (Museo Británico, Londres). $\frac{1}{3}$ de su verdadero tamaño. Véanse págs. 462 y 463

Moko Kuri y Moko Papa. Además, entre otras ventajas se atribuye al tatuaje la de hacer desaparecer las diferencias de edad, pues con él los jóvenes parecen viejos y los viejos jóvenes. Finalmente, no hay que olvidar el objetivo de adornar el cuerpo, objetivo expresado en una canción maorí que cantan los que presencian el acto del tatuaje para distraer al que es objeto de éste:

¡Trácese cada línea!

En el cuerpo del hombre grande y rico
Haced que las figuras tomen una forma elegante.
En el hombre que no tiene con qué pagar,
Hacédselas torcidas y abiertas.

Es indudable que, en el fondo, este adorno ha nacido aquí, como en otros lugares de Polinesia, de las ideas religiosas, pues el tatuaje es considerado cosa sagrada que practica el sacerdote acompañándolo de oraciones y de cantos. Las figuras que con más frecuencia se graban en el cuerpo son serpientes y lagartos, animales sagrados, y de aquí que en Nueva Zelandia el tatuaje se denomine *Moko*, es decir serpiente, lagarto, etc. En Samoa es evidente que existe íntima relación entre el tatuaje y la doctrina de Atúa, es decir del dios tutelar en forma de animal, lo cual explica la dificultad que allí encontraron los misioneros para acabar con el tatuaje. En muchos territorios micronesios, pero no en todos, el tatuaje ha venido á quedar reducido á simple adorno, siendo aplicado á capricho. En Nukuor, en donde el tatuaje sólo es obligatorio para las mujeres y va acompañado cuando de éstas se trata de largas ceremonias religiosas, reviste formas determinadas: entre los hombres, los dibujos no obedecen á regla fija alguna. Las mujeres que han

de ser sometidas al tatuaje, permanecen durante los tres meses que preceden á la ceremonia encerradas en un templo, luego se bañan en el mar y sufren después la operación que se les hace sólo en una pequeña parte del abdomen. En Radak, la que ha de ser tatuada pasa la noche anterior á la ceremonia, considerada indudablemente como sagrada, en la casa del caudillo, quien pide á los dioses un buen augurio. La leyenda de Tobi, según la cual un espíritu, Yarris, mata á los que no están tatuados, tiene un sabor marcadamente antiguo. En las islas de la Sociedad, en las Marquesas, en las Paumotus y en las Carolinas, la importancia de las diferencias de clases estriba en el tatuaje: la plebe sólo se tatúa la cintura, al paso que los *eris* ó arikis se distinguen por las figuras grandes y redondas con que se tatúan todo el cuerpo. Los dibujos ó la riqueza del tatuaje representan entre los micronesios la posición social del que los lleva, hasta el punto de poder afirmarse que quien va con él adornado no pertenece á la clase de esclavos. La dignidad de caudillo se refleja siempre en el tatuaje: muchos *pilunes* (caudillos superiores) apenas están tatuados, y en cambio no faltan plebeyos, pertenecientes á la clase de libres, tan adornados de esta manera que el tatuaje les cubre casi por completo el cuerpo. A menudo los niños van más tatuados que los hombres. En Rotuma, distínguense las castas por el tatuaje; en las islas Marschall sólo los caudillos pueden tatuarse las mejillas; en Mortlock la diferencia de rangos se conoce por los grados de tatuaje de las piernas. Las dos mitades del cuerpo están con frecuencia tatuadas de una manera distinta, y en estos casos el lado derecho aparece más adornado que el izquierdo.

Entre los maoríes, transcurrían años antes de que el cuer-

po estuviese adornado tal como había concebido la fantasía del artífice. El tatuaje de los labios, de los párpados y de la nariz era mucho más doloroso que el del resto del cuerpo, especialmente antes de la introducción del hierro. Entre los insulares de Hervey vió Forster cuidadosamente tatuadas algunas de las partes más delicadas de los órganos genitales masculinos. El tatuaje se hace del modo siguiente: primero se dibuja la figura que se desea producir en la parte del cuerpo correspondiente y luego se van picando puntos á lo largo de las líneas trazadas por medio de un palito con una punta de piedra, de hueso ó de hierro y con auxilio de un martillo. Los primeros instrumentos de tatuaje reproducidos por Cook en su «primer viaje» que hoy se encuentran en el Museo de Viena, consisten en un pequeño instrumento de madera, semejante á una azada diminuta, cuya hoja plana termina en una porción de agudas puntas: para golpear en este instrumento punzante se emplea un martillo de la misma madera dura que tiene la forma de remo. En la pág. 412 reproducimos unos instrumentos análogos. Para dar color á las figuras, frota los maoríes las heridas del tatuaje con sebo de cauri.

Además del tatuaje, existía para los casos de luto la costumbre de cortarse la piel de la cara, de los brazos y de las piernas con afiladas conchas, y en las fiestas, incluso en los funerales, era muy común pintarse el cuerpo de rojo y negro. Por esto las mujeres de la isla de Pascua, cuando la primera visita de Cook, se pintaron el rostro con almagre y con curcuma y algunas llevaban trazadas, además, con cal algunas líneas transversales. Y aquí hemos de hacer constar que, conforme al refrán polinesio «ninguna mujer para un hombre con pelo», se procura tener la cara completamente pelada; no así en la Micronesia. Los pelos de otras partes del cuerpo son también arrancados por medio de unas pinzas hechas con conchas. La circuncisión está muy extendida como medio de abrir el prepucio, pero hay vastos territorios en los cuales es desconocida, como Hawái y Nueva Zelanda, y otros, como las Marquesas, en los que dista mucho de ser una costumbre general. Esta mutilación, que practican los sacerdotes, tiene también un carácter religioso.

El peinado de los polinesios es sencillo, como no puede dejar de serlo dada la rigidez de sus cabellos: la cabellera se lleva suelta y caída ó bien se corta; esto último parece que está ordenado á todas las mujeres, excepción hecha de las de familia real, de las islas de la Sociedad y demás de las cercanías. En las islas de los Amigos, hombres y mujeres llevan los cabellos cortados y peinados hacia adelante á manera de cerdas. Un sistema de empolvase los cabellos con polvos decal que tiñen de rojo las puntas de los cabellos, ó con curcuma que les da cierto brillo dorado trajo á la memoria de J. Forster la excitación dirigida por Juvénal á las matronas romanas para que no se pintaran de rojo el cabello. En Samoa no es menos general que en las islas Fidichí la costumbre de pintarse de rojo por medio de la cal. Las mujeres llevan también algunas veces pelo postizo. En Nueva Zelanda son de ver algunos hombres que llevan el cabello recogido en una trenza, lo cual puede ser muy bien una imitación, puesto que uno de los caudillos tahitianos, Otaí, imitó desde los primeros días el peinado de Cook atando con un paño de seda su cabellera que le llegaba hasta los hombros. El afeitarse la cabeza era asunto difícil dada la imperfección de los instrumentos cortantes, así es que pocas conquistas de la civilización fueron tan apreciadas por los polinesios como las navajas. En Micronesia, el adorno de la cabeza consiste casi generalmente en largos y delgados peines de madera, de diez á doce púas cada uno, con los mangos adornados y algunas veces provistos de ricos plu-

meros (véase el grabado de la pág. 444). Largas agujas puestas en la cabeza sirven principalmente para amortiguar las picadas de los insectos que rara vez dejan de encontrarse. Los habitantes de las islas Palaos llevan sus magníficas cabelleras atadas por detrás en trenza y clavan en ésta el peine; y los de las islas Gilbert que tienen el cabello rizado se ponen, por medio de un palo, la cabellera tirante y levantada, formando con ella una especie de corona al estilo paupano. Schmeltz cita, hablando de las islas Gilbert, no sólo una peluca hecha con cabello humano sostenida por un armazón de palitos de madera á modo de cesta, sino también un tocado en forma de corona formada por una diadema y por un arco semicircular, todo ello adornado con conchas. Así como en Mortlock esta diadema sin semicírculo pero erizada está cubierta con fibras de vegetales, en Nukuor el peinado sostiene una larga plancha de madera que se ensancha por arriba. Este peinado, sin embargo, sólo ha de ser considerado como adorno propio para la danza ó como emblema religioso. A menudo los ídolos llevan también este tocado. Los gorros propiamente dichos no se usan y si algunos los llevan es solamente por la noche ó cuando están fuera de su país: las mujeres de las Palaos consideran el llevar la cabeza cubierta como *mugul*, es decir como incorrecto; en cambio en las Carolinas, y antiguamente en Hawái, se imitan directamente los sombreros europeos.

Los adornos de pluma, lo propio que el tatuaje, pasan entre los polinesios de la esfera profana de la moda á la de la fe. Los pájaros figuran entre los animales sagrados de estos pueblos, especialmente el pájaro de los trópicos (rabo de pico) cuyas plumas rojas de la cola proporcionan el artículo de adorno más preciado en Polinesia. En las islas de la Sociedad no había ningún artículo de comercio más buscado que éste. Las plumas se clavan en hojas de plátano atadas sobre la frente y también en los delantales de fibras de coco que llevan las bailarinas, y con ellas se confeccionan los más valiosos gorros. Cook recibió, en su segundo viaje, uno de los gorros de pluma de Pulaho, rey de Tongatabu, que en vano se había esforzado por adquirir, pues no se vendían á ningún precio. Estos gorros estaban hechos con plumas del pájaro de los trópicos y con las encarnadas de los papagayos y tenían la forma de un semicírculo que se colocaba en la frente. Este adorno era también muy estimado en Tahití y no parecía ser desconocido de los tonganeses, habiendo quien supone que de éstos fué transmitido á aquella isla. Más generalizados estaban los collares flexibles hechos con cordones, en los cuales se clavaban algunas plumas. Asimismo se fijaban éstas en estrellas hechas con fibras de coco. En las Marquesas y en la isla de Pascua se llevaban diademas de plumas. Pero en donde mayor desarrollo adquirió el arte de emplear las plumas como adorno y por ende en donde más aumentó el valor de éstas, fué en las islas Hawái, donde se las utilizaba también, como más adelante veremos, para la confección de imágenes de dioses. Además, los nobles mostraban el mayor orgullo en adornarse con ellas. Las plumas rojas de la *Melithreptes pacifica* eran consideradas como una preciosidad y su uso, hace 40 años, sólo estaba permitido á las personas ilustres que las adquirían á muy elevado precio. Wilkes vió en 1840 á la reina Kekauloahi llevando un tocado de plumas amarillas con algunas preciosas plumas de color de escarlata, tocado que fué estimado en 250 libras esterlinas: las capas de pluma eran entonces un adorno regio. Los pocos ejemplares de esta bella industria que existen en nuestros museos y que se encuentran en un estado deplorable, sólo representan una pequeña parte de lo que

producían en este ramo los habitantes de Hawái tan aficionados á los adornos.

Las cosas más insignificantes y de más diversa índole tenían también su aplicación como adornos. El mar con sus brillantes conchas de todos colores ofrecía para ello abundantes materiales; pero además llevaban esos insulares flores y hojas elegantemente colocadas en el cuello, en la cabeza, en las orejas y hasta en la nariz. A todos estos dijés la superstición agrega las conchas y huesos de determinadas formas, los huesos y los dientes humanos: con los cienpiés se hacen también cadenas para el cuello. Las cuentas de hueso de pájaro y los pendientes de piel de albatros conservando todavía el plumón, eran, en tiempo de Cook, los adornos favoritos de los neo zelandeses, quienes tenían tan gran número de ellos que los maoríes de la bahía Dusky, por ejemplo, apenas hacían caso de los corales, cintas y demás tonterías por el estilo. En cambio daban gran valor á las destrales, á las agujas y á las botellas de cristal. Los indígenas de Tongatabu empleaban como adorno las agujas de hierro que Cook usaba como artículo de comercio (una aguja grande = una gallina) clavándoselas en las orejas ó colgándoselas en el cuello. Entre los adornos recogidos por Cook en Tonga son características las cadenas hechas con largos y delgados nudos de caña, alternados con pequeños caracoles de color pardo: multiplicando el número de los nudos y de los otros se obtienen formas variadísimas. Estas cadenas sostienen una gran concha de madreperla, unas veces sin adorno alguno, otras cincelada y las más adornada con un trozo de brillante sílice. También se agujerean y se llevan colgados algunos dientes, pájaros esculpidos en dientes de fisetera y otros objetos análogos. Encuéntanse además aquí cuentas negras y blancas de concha de marisco que no se diferencian de otras semejantes, como por ejemplo las de Nueva Zelandia. También podemos citar en este capítulo los lindos peines de troncos de plantas, en cuyo extremo superior sus hilos delicadamente entrelazados se unen de manera tan sólida y regular que bien puede decirse que los tales adornos merecen ser consignados entre los objetos más hermosos que produce la industria artística tonganesa (véase el grabado de la pág. 444). Adornos genuinamente hawayos son los de los pies formados con dientes de perro, caracoles y judías muy apretadas (véase el primer grabado de la pág. 445); los brazaletes de pedazos de hueso y de tortuga cortados con gran uniformidad y tan fuertemente unidos entre sí por medio de dobles hilos atravesados, que forman un todo sumamente flexible: además reaparecen, aunque de mayor tamaño, hermosos brazaletes de colmillo de jabalí. Cordones con pequeños discos de conchas muy apretados y alternados con otros de una cáscara negra de nuez, sirven también de brazaletes y de adornos para los pies y desempeñan asimismo algunas veces el papel de moneda.

El adorno micronesio guarda sorprendente relación con el gusto de los polinesios, pues no sólo usan las mujeres para adornarse, en primer término, flores que se colocan á modo de corona, sino que prefieren para ello, como las hawayas, flores amarillas y encarnadas. Una concha, un trozo redondo de madreperla ó de concha de tortuga, algunos discos pequeños y redondos cortados del marisco *Conus*, todo ello colgado de un cordón de cabellos humanos, constituyen los adornos favoritos de los habitantes de las islas Gilbert y Marschall. Finsch, en Ponape, no encontró las cadenas de conchas más que en los antiguos sepulcros, pues habían sido reemplazadas por las sargas de cuentas. En Pingelap son preferidos como colgajos para el cuello los trozos del molusco *Spondylus*. En Yap se llevan puños

de conchas de *Conus* y de *Nautilus*. En Ponape se usaban antiguamente los brazaletes de la cabeza del molusco *Conus*, como lo han demostrado las excavaciones hechas por Kubary en Natamal; pero hoy ya no se fabrican. También se encuentran cadenas hechas con mariscos y cáscaras de nuez.

Un polinesio que lleve todos sus adornos presenta un aspecto recargado y abigarrado (véase el grabado de la pág. 448). El sentido de los colores estaba antiguamente, gracias á la carencia de colores minerales chillones, más desarrollado que en la actualidad en que los comerciantes europeos empiezan á vestir á estos pueblos con sus adonadas manufacturas. Los polinesios de ambos sexos tienen cierta gracia, pero no menos coquetería, quedando á menudo aquélla postergada á ésta. Las samoanas, por ejemplo, suelen ponerse los domingos una túnica ancha, larga, á manera de camisa y siempre de color claro, que les sienta muy bien, pero además de ella se ponen, cuando van á la iglesia, un pequeño sombrero de paja adornado con flores y cintas de todos colores que se colocan lo más caído que pueden á un lado de la cabeza. Cuando bailan se ponen unas más caras (y en Mortlock adornos especiales en las orejas) que consisten en unas bolas de madera cuyos adornos calados están rellenos de cal, unos palos de danza en forma de remos esculpidos como en Melanesia y unos toneletes de hojas tan secas que los acompasados movimientos de los bailarines producen un ruido de roce que suena en sus oídos como música. En estas ocasiones se emplea también con preferencia para las pinturas el color rojo.

Los polinesios pertenecen al número de los pueblos mejor vestidos, pues hacen más que atender á la necesidad de tapar el cuerpo, llegando hasta demostrar cierto lujo en el traje; por esta razón sus telas de corteza, llamadas tapa y *gnatu* (en cuanto á su confección véase más adelante), y sus esteras, constituyen sus más abundantes y valiosos bienes: las últimas desempeñan además en algunas comarcas el papel de artículos de cambio que, por ser de mucho uso, tiene siempre y en todas partes fácil salida. Generalmente llevan estas gentes un trozo de tela atado á la cintura que les cuelga á menudo hasta los pies. Las tahitianas llevan al rededor de los hombros una tela á modo de poncho, es decir metiendo la cabeza por un agujero practicado en el centro, y sobre él se atan á la cintura un trozo de tela más fina: los dos sexos llevan liado en la cabeza un trapo á manera de turbante. «Aun cuando este traje — dice Forster — no era tan bello como los ropajes que admiramos en las estatuas griegas, superaba, sin embargo, á nuestras esperanzas y hacía que la figura de aquellas gentes nos pareciera más agradable que la de todas cuantas hasta entonces habíamos visto.» En las islas de los Amigos, en donde la población era más sencilla, eran también más sencillos los trajes. El trozo de tela arrollado á la cintura y atado por detrás formando un gran arremango que los hombres llevan comunmente muy corto y que las mujeres se atan más abajo del pecho, casi nunca va acompañado del poncho: lo propio vemos en Samoa é islas adyacentes, en donde el traje de los individuos de ambos sexos consiste en un trozo de tela de algodón atado alrededor de las caderas que llega hasta la rodilla: muchas veces vemos empleadas hojas en vez de tela. Las telas de corteza y de papel son sustituidas, cuando llueve, por un delantal hecho de largas y anchas hojas que caen á manera de franjas. En las grandes solemnidades y en las fiestas se prenden los indígenas una estera fina tejida con fibras (véase el grabado de la pág. 451). Más pobremente todavía visten los habitantes de las islas más orientales, como son la isla de Pascua y las Paumotus. Los primeros naturales de Pascua que vió Fors-